

**SOCIO-SEMIÓTICA DEL RITO: PREDOMINIO DE LO
FEMENINO EN RITUALES
FUNERARIOS EN CEMENTERIOS URBANOS**

José Enrique Finol y Karelis Fernández
Universidad del Zulia
Venezuela

Introducción

Los rituales vinculados con la muerte están profundamente arraigados en la cultura humana planetaria, y se encuentran entre las prácticas sociales más extendidas en las diversas culturas humanas, no sólo antiguas sino también contemporáneas. Los rituales funerarios son comportamientos destinados a mantener activa la comunicación entre los vivos y los difuntos. Como proceso de comunicación, el ritual mantiene un contacto permanente que da continuidad a la vida después de la muerte, y sirve de reforzador de la memoria y, por esta vía, extiende los lazos familiares y amistosos más allá de la desaparición física. La Antropología en particular, lo mismo que la Sociología y la Psicología, han dedicado numerosos estudios al tema de la muerte. Numerosos trabajos se han realizado sobre los cementerios

como escenario *del pueblo de los muertos* (Urbain 1978), como texto cultural (Vidutis y Lowe 1980), como *la ciudad de los muertos* (Vovelle y Bertrand 1983), y también como lugar de expresiones funerarias de *status* y sentimiento (Cannon 1989). Asimismo, el cementerio ha sido analizado como expresión de las metamorfosis culturales de una sociedad (Sloane 1991) o, finalmente, como “específicas articulaciones textuales de ideologías y metafísicas populares, incluso personales” (Voller 1991:1). El análisis aquí presentado se concentra no en la semiótica espacial propia del cementerio sino en los actores principales del culto funerario: los visitantes (familiares, amigos) y los visitados (los muertos).

En la presente investigación se ha intentado hacer una primera identificación y caracterización de los principales actores sociales que participan con frecuencia en la relación de comunicación con los muertos. El culto a los muertos puede definirse como “el manejo y conservación de las relaciones entre los vivos y los muertos que se inician una vez acabadas las ceremonias que tienen que ver con el entierro o el destino final del cuerpo” (Villas Posse 1993:121). Para este trabajo se eligieron dos de los principales cementerios de la ciudad de Maracaibo, Venezuela, y se entrevistaron ciento tres personas que se encontraban de visita en los cementerios Corazón de Jesús, fundado en 1940 y ubicado en la Av. La Limpia, y Cementerio San José, fundado en 1925 y conocido en Maracaibo como Cementerio El Redondo, por oposición a otro cementerio ubicado en la misma ciudad y conocido como El Cuadrado. El Cementerio San José se encuentra situado en la Ave. Las Delicias (Av. 15). Todas las entrevistas fueron hechas el Día de los Difuntos (2 de Noviembre de 1994).

En una segunda etapa del trabajo, a ser publicada posteriormente, se intentará proponer un esquema semiótico de los valores fundamentales que los entrevistados señalan como los determinantes en la comunicación con los muertos.

La Relación con los muertos: la visita al cementerio

La visita es por definición un acto de comunicación profundamente personal, constituye una de las prácticas más comunes en las relaciones entre los individuos que integran sociedades humanas. En algunas sociedades este acto de contacto, que permite un proceso de comunicación, está sumamente regulado por normas de protocolo y conducta basadas en códigos sociales claramente definidos. La visita, desde el punto de vista de su estructura semiótica, se caracteriza, en primer lugar, por el desplazamiento de uno de los actores (Destinador) desde un espacio inicial (E1) hacia un espacio (E2) que es propio de otro actor (Destinatario). Ese espacio de encuentro (E2) tiene una característica semiótica particular: se trata del espacio doméstico, de habitación, del actor Destinatario. Es sólo en sentido metafórico que se usa el término "visita" para referirse a otras actividades como "visita a un museo" o "visita a un paciente en un hospital". El espacio hogar supone un mundo social y simbólico diferente a los otros espacios donde, incluso cotidianamente, los seres humanos se ubican: la oficina, la iglesia, la calle, etc. Cuando un actor tiene la capacidad de realizar una visita a otra persona es porque ésta ha concedido una suerte de licencia ritual: no a todos está permitido visitar a quien lo desee. En la sociedad venezolana ello supone un grado de conocimiento, confianza y amistad. De lo contrario, una visita es sólo posible cuando media una invitación previa. Incluso si la sociedad venezolana no es excesivamente formal y las normas de protocolo social son relativamente laxas, si se compara con otras sociedades, es poco frecuente e incluso mal visto, por ejemplo, que un empleado visite a su patrón, o que un paciente visite a su médico.

La visita como proceso de comunicación tiene como mensaje fundamental la expresión del afecto, de la cordialidad, el reforzamiento de los lazos de amistad y aprecio. En tal sentido, no se considera visita el ir a casa de un conocido para plantear un problema o solicitar un favor. A pesar de ser un ritual social muy extendido y variado, la visita supo-

ne ciertos comportamientos que generalmente están presentes: el cumplimiento por parte del Destinatario de ciertas atenciones mínimas hacia el Destinador, tales como el ofrecimiento de bebidas o comidas ligeras. También el Destinador, cuando realiza una visita social, habitualmente ofrece al Destinatario objetos o marcas de su aprecio: pequeños regalos, algún alimento de preparación casera, una botella de licor, etc. Es usual hoy, gracias a las comunicaciones telefónicas, que el Destinador anuncie previamente una visita, no sólo para asegurarse el conseguir al Destinatario en su casa sino también a objeto de encontrar a éste disponible. Hace apenas treinta años atrás, no sólo en el campo sino también en las ciudades, las visitas eran a voluntad del Destinador, quien visitaba a sus parientes o amigos prácticamente cuando él lo quisiera, sin previo aviso ni protocolo.

En síntesis, la visita en la sociedad de los vivos supone, en lo fundamental a) un desplazamiento espacial, b) un espacio particular (el hogar), c) la participación de dos actores mínimos (Destinador y Destinatario) d) tiene como objetivo reforzar un lazo de amistad y aprecio. Aun cuando en las sociedades industrializadas la visita tiende a reducirse a una reunión con previa invitación y basada en un motivo específico (celebración, planteamiento específico de una agenda, etc.), este ritual se mantiene activo y forma parte de los procesos destinados a mantener la cohesión social.

En la relación con los muertos, la visita al cementerio constituye un proceso similar. Se trata, en última instancia, de un desplazamiento espacial, hacia un lugar especial (la tumba del difunto), con la participación de dos actores particulares (Destinador y Destinatario), y cuyo objetivo específico es mantener una relación de amistad y aprecio. Se trata, naturalmente, de una relación donde el Destinatario ha cambiado fundamentalmente su condición: se trata de una persona ya muerta. No obstante, esta relación comunicacional se asienta sobre la creencia básica según la cual *los difuntos, de alguna manera, continúan vivos*. Para Thomas, "socialmente reglamentado, el ritual funerario responde a las necesidades del inconsciente, prolon-

gando en el plano de la acción, y por consiguiente a través de los cuerpos los mecanismos de defensa que el reino de lo imaginario hace intervenir para amoldarse al temor a la muerte” (1991:116-17). La mera idea de la muerte física como final y definitiva conspira contra el deseo de sobrevivir. En este sentido, toda la relación con los muertos se fundamenta en la construcción de un simulacro que parte de la idea de relacionarse con los muertos *como si ellos aún estuvieran vivos*. El ideograma fundamental que subyace en el culto a los muertos no es otro que el terrible temor a la muerte, que es propio del deseo de sobrevivencia del ser humano. En breve, el culto a los muertos es una negación de la muerte, se trata de una estrategia ritual para mantener vivos, por el mayor tiempo posible, a los muertos, independientemente de que éstos hayan ido al cielo, hayan cambiado de dimensión, se encuentren en el purgatorio o hayan emprendido un viaje.

No obstante, quienes afirman que el culto a los muertos y los rituales que lo componen son **una forma de controlar la muerte**, desconocen que, por el contrario, se trata de mantener una continuidad con ella. Thomas asegura que el ceremonial dirigido a los muertos es “un medio de *circunscribir* la muerte, de *entramarla* en un lugar limitado, al margen de la vida”(1991:117). Si esa hipótesis fuese correcta vendría a contradecir la hipótesis del ritual funerario como un sistema de comunicación que, por el contrario, busca negar la muerte misma.

Asimismo, la tumba o el lugar donde ha sido sepultada la persona se convierte, según la creencia de los vivos, creencia expresada en múltiples formas, en la casa, el hogar del difunto. Ningún espacio es mejor escenario de la comunicación que la casa misma. Para muchos de los entrevistados, sus seres queridos no mueren sino que “descansan”. A menudo la notificación a los familiares de la muerte de una persona que ha estado enferma no se expresa en “Ya murió” sino en “Ya descansó”. De este modo, la tumba es lugar de “reposo” o de “descanso”, actividades que habitualmente, en el mundo de los vivos,

se cumplen en el hogar, de allí la homologación constante, en la creencia popular, entre el hogar y la tumba.

La visita al cementerio es, pues, una duplicación de la visita social al hogar de una persona querida. A menudo se cumplen en ella conductas similares a las que se cumplen en una visita social a los vivos. En efecto, como en cualquier visita, el Destinador lleva objetos que expresen su aprecio. Por ello, quien visita a un muerto le lleva flores y, en algunas culturas, alimentos. Por otra parte, como en toda visita, hay mucha conversación. Varios de los entrevistados en los cementerios afirman que conversan con sus deudos, les cuentan las noticias recientes de la familia, los últimos acontecimientos ocurridos a sus seres queridos. Paralelamente a la estrategia ritual orientada a conservar vivos a los muertos a través del recuerdo, el culto a los muertos busca darle continuidad a la propia comunidad y a su cultura, para lo cual es imprescindible el establecimiento de una línea de descendencia, de la configuración del concepto de ancestro. "Los vivos necesitan a los muertos para que la cultura sobreviva" (Davies 1994:18), es decir los actores que hacen posible la continuidad a través del tiempo no son solamente los seres vivos sino que en la **anterioridad** a éstos los ancestros aparecen como el **nexo temporal** que hace la vida más allá del *hic et nunc*.

Los Actores en la Comunicación con los Muertos: Femenino vs. Masculino

Las distintas sociedades han desarrollado numerosas formas de comunicación con los muertos, desde los rituales propios de las grandes religiones hasta aquellos desarrollados por grupos espiritistas, mediums y agrupaciones religiosas populares que han desarrollado sus propios medios rituales de expresión funeraria.

Interesa ahora identificar y caracterizar a los actores no oficiales, distintos a los de las grandes religiones o de grupos minoritarios de

expresión popular propia, que participan en el culto a los muertos. Interesaba analizar no lo que dicen los libros de tales agrupaciones religiosas ni el sistema ritual formal practicado en forma sistemática, sino la práctica individual recogida en el momento de hacerla en los espacios sagrados por excelencia que son los cementerios. Para ello un grupo de encuestadores asistió a los mencionados cementerios y entrevistó a las personas en el momento en que visitaban las tumbas de sus seres queridos. De los ciento tres entrevistados el 78.64% eran de sexo femenino y el 21.35% de sexo masculino. Esta cifra constituye de entrada un indicador que define al protagonista del ritual de visita a los cementerios como principalmente de carácter femenino. Este resultado era de esperarse si se considera que, en general, en las sociedades latinoamericanas son las mujeres las que tienen un rol más activo en materia religiosa.

Ritual Funerario y Parentesco

La visita al cementerio es fundamentalmente una visita a un familiar fallecido. De todas las entrevistas hechas sólo una persona manifestó estar visitando la tumba de un amigo. Todos los demás visitaban parientes, sean éstos por lazos de consanguinidad o afinidad. En cuanto a los lazos de consanguinidad (hijos, hermanos, padres, nietos, sobrinos, primos) éstos constituyeron el 91.79%, mientras que aquéllos que tenían lazos de afinidad (cuñados, yernos, nueras y cónyuges) representaron el 8.21%. El predominio de la visita a los parientes vinculados por consanguinidad muestra la fortaleza dominante de ese tipo de nexo familiar⁷.

El vínculo consanguíneo más frecuente en la visita al cementerio es el de la filiación. Él solo constituyó el 45.19% de las respuestas dadas por los entrevistados cuando se les preguntaba qué relación tenían con la persona fallecida. El 34.24% dijo que visitaba a una hija y el 10.95% que visitaba a un hijo. El siguiente vínculo consanguíneo

más frecuente fue el paternal, con un 13.69%, con un claro predominio del vínculo materno (10.27%) sobre el paterno (3.42%). Le sigue el vínculo con los nietos que llegó al 10.95%, porcentaje compuesto por un 10.27% de nietas y un 0.68% de nietos. El cuarto vínculo consanguíneo más frecuente es el de la relación fraternal entre el visitante y el difunto que alcanzó a un 6.15% del total, compuesto por un 4.79% de hermanas fallecidas y un 1.36% de hermanos. El quinto vínculo más frecuente viene dado por la relación con los sobrinos, que representa un 8.21%, desglosado en un 6.16% de sobrinas visitadas y un 2.05% de sobrinos. El sexto vínculo es de la relación por afinidad conyugal que abarcó un 4.09% constituido por un 2.73% de esposas visitadas y un 1.36% de esposos. Los demás vínculos encontrados son los de afinidad, como aquel que se tiene con las nueras (2.05%) y con los yernos (1.36%) y también con las cuñadas (2.05%), mientras que con los cuñados no se registró ninguno. En cuanto al vínculo de consanguinidad con los abuelos se encontró un 2.05% representado exclusivamente por abuelas fallecidas ya que no se encontró ningún abuelo visitado.

Algo que llama poderosamente la atención en las cifras reseñadas, es un absoluto predominio del sexo femenino de los difuntos sobre el masculino, y esto es válido tanto en los nexos de consanguinidad como en los de afinidad. En efecto, en absolutamente todos los registros arriba anotados hay siempre un predominio cuantitativo de la parte femenina, es decir de las hijas sobre los hijos, de las madres sobre los padres, de las hermanas sobre los hermanos, etc. En total, el 76.65% de los difuntos visitados eran de sexo femenino. Si relacionamos este porcentaje de difuntos visitados con el 78.63% de visitantes de sexo femenino señalado arriba, nos daremos cuenta de que en el ritual de la visita a los difuntos en el cementerio el sexo femenino tiene un predominio de tres a uno, tanto para el difunto visitado como para la persona visitante. De tal modo que este ritual individual, en el que la persona viene a pasar un rato en la tumba de una persona fallecida, tiene fundamentalmente como actor principal a la mujer. ¿Por qué es la mujer

quien viene más frecuentemente al cementerio? ¿Por qué los difuntos que más se visitan son los difuntos de sexo femenino?

Estructura Etaria

¿De qué edad es la gente que visita difuntos en los cementerios en Maracaibo? La estructura etaria de los visitantes es relevante porque ello indica cuál segmento de la población es la que utiliza el ritual de la visita para expresar una estrecha vinculación afectiva con las personas fallecidas. Villa Posse afirma “que la mayor parte de las personas que cuidan las tumbas de sus familiares en las ciudades, son gente de avanzada edad que aún se resiste a la pérdida de esta costumbre humana” (1993:95). Para analizar la estructura etaria de los visitantes entrevistados se dividieron en grupos con diez años de intervalo y el resultado fue el siguiente:

Menos de 30 años:	6.86%
Entre 30 y 40:	12.74%
“ 41 y 50:	24.50%
“ 51 y 60:	29.45%
“ 61 y 70:	20.58%
“ 71 y 80:	4.90%
Más de 80:	0.98%

Como puede apreciarse, el grupo etario que más visita estos cementerios es aquel que abarca las edades comprendidas entre los 51 y los 60 años, que ocupa por sí solo casi un tercio del total, seguido del grupo que está en los cuarenta años, con un 24.50%. Si se suman los dos grupos se tendría un total de 53.95%, lo que permitiría decir que es entre los cuarenta y los sesenta años de edad donde está el grueso número de los visitantes que van a los cementerios, con alguna regularidad, a presentar sus respetos a la memoria de los

muertos, a fin de que éstos permanezcan vivos en la familia y en la sociedad. Se observa que los jóvenes visitan muy poco el cementerio, pues los menores de treinta años alcanzan apenas el 6.86%, e incluso los menores de cuarenta años, en su totalidad, llegan sólo al 19.60%. Como se ve, el ritual de la visita a los cementerios pareciera ser fundamentalmente un ritual de la edad adulta, de la madurez, de aquella edad a la cual se le atribuye una creciente identificación con el pasado acumulado en forma de memoria, de recuerdos, en los cuales la presencia de los muertos es parte constitutiva, pues son componentes esenciales de la historia personal y, muy especialmente, de la historia familiar, tanto en el sentido restringido como en el sentido amplio. Uno de los informantes nos contaba que su padre había fallecido cuando él tenía muy poca edad (siete años) y que después de visitarlo con su madre durante los primeros años posteriores a su muerte perdió por completo esa costumbre. Años más tarde, adulto y con hijos, para ese informante era preocupación importante que sus hijos, que no conocieron a su abuelo, visitaran la tumba de éste, pues consideraba necesario que “aunque no lo conocieran, por lo menos supieran quién había sido y dónde estaba ese eslabón de la historia familiar”.

La edad de la adultez pareciera constituir la época en que más se hace necesario la identificación con el pasado, con la memoria, con los recuerdos, a fin de establecer una continuidad a través del tiempo, continuidad sin la cual no habría lazos de identidad. Los rituales funerarios, así como el recuento de hechos y experiencias del pasado, servirían de métodos de expresión de esa identidad. En esta hipótesis, el ritual funerario en general, como proceso de comunicación, se pondría establecer un puente entre el pasado y el presente, a fin de que el porvenir no pierda sus lazos con lo que ya ha sido. El ritual, al establecer una comunicación con quienes se han ido en el tiempo, crea un anclaje de la memoria que conspira contra el olvido.

El tiempo y el olvido

La visita a los muertos sufre cambios con el paso del tiempo. Interrogados sobre cuánto tiempo hacía que había fallecido la persona que visitaba, los entrevistados indicaron con sus respuestas que, en general, a medida que los días transcurren las visitas van disminuyendo. Las respuestas obtenidas fueron las siguientes:

Entre 0 y 5 años:	32.50%
“ 6 y 10 años:	17.50%
“ 11 y 15 años:	12.50%
“ 16 y 20 años:	8.75%
“ 21 y 25 años:	8.75%
“ 26 y 30 años:	8.75%
“ 31 y 35 años:	7.50%
Más de 35 años:	3.75%

Como puede observarse, la mayor concentración de visitas se hace a personas fallecidas entre cero y cinco años, con una relación regularmente decreciente a medida que el tiempo es mayor. Este fenómeno es explicable no sólo por el proceso natural de olvido, sino también por el fallecimiento de quienes una vez fueron visitantes, lo cual va dejando solas tumbas que a menudo eran visitadas con frecuencia. Al relacionar el número de años que el difunto tiene de fallecido con la edad promedio de los visitantes, se obtiene una correlación interesante que muestra que los difuntos que tienen mayor número de años de muerto son visitados por las personas de mayor edad. En efecto, mientras que el promedio de edad de los que visitan a personas muertas entre 0 y 5 años es de 49.60, el de los que visitan a personas muertas entre 6 y 10 años es de 50.51. Esa progresión crecerá regularmente hasta estabilizarse en 56 años de edad para los visitantes de personas fallecidas entre 25 y 30 años y entre 30 y 35 años. Este fenómeno podría explicarse porque los visitantes au-

mentan su número de años simultáneamente con el tiempo de muerte que tienen sus deudos, pero muestra también que las nuevas generaciones no se incorporan al culto funerario de sus ancestros, de sus abuelos y abuelas, de sus tíos y tías fallecidos.

Ocupaciones de los visitantes

¿A cuáles profesiones u oficios pertenecen los visitantes a los cementerios? Se hizo esta pregunta con el propósito de caracterizar el tipo de actividad de quienes conservan la costumbre de visitar a los muertos. Se pensó que ello ayudaría a configurar la imagen de los actores que utilizan el ritual de la visita a los muertos como forma de expresar la solidaridad y el recuerdo. Las distintas profesiones y oficios se agruparon en siete categorías y la tabulación arrojó el siguiente resultado:

Profesión u Oficio	Porcentaje
Oficios del hogar	45.63%
Artes y oficios	28.15%
Comerciantes	12.62%
Profesionales universitarios	4.85%
Sin oficio	4.85%
Estudiantes	3.88%

Como puede verse, casi la mitad de los visitantes (45.63%) son de oficios del hogar, término que se usa en Venezuela para designar a las mujeres que realizan las labores domésticas en su propio hogar, y que van desde el cuidado de los niños hasta actividades como cocinar, lavar, planchar, asear la casa, etc. En Artes y Oficios (28.15%) se incluyeron oficinistas, marinos, modistas y costureras, maestros, enfermeras, obreros y trabajadores manuales. Bajo la denominación de

comerciante se abarca en Venezuela un amplio espectro de personas que trabajan por su cuenta, a menudo en lo que se conoce como el comercio informal. Resalta la escasísima presencia de profesionales universitarios (4.85%) así como la de estudiantes (3.88%).

De las cifras anteriores puede inferirse que el sector de la población que más visita estos dos cementerios públicos son probablemente de sectores socio-económicos bajos y medios. Esto último probablemente se explica justamente porque los cementerios elegidos pertenecen hoy a ese tipo de estrato social. El cementerio La Chinita, el más nuevo en la ciudad, parece ser más utilizado por estratos sociales de mayor poder adquisitivo. No obstante, lo que sobresale en la interpretación de los resultados es que el mayor número de personas que asiste no pertenecen a élites profesionales o intelectuales sino que aparecen como más vinculadas a sectores populares de la sociedad en Maracaibo. De ser cierta esta hipótesis vendría a corroborarse que la visita al cementerio aparece como expresión de un culto más arraigado en lo popular que en otros sectores.

Una vez más se encuentra el factor femenino predominante: todas las que señalaron como profesión "oficios del hogar" son mujeres, de donde es posible preguntarse, en el marco de la dominancia del sexo femenino vista anteriormente, si la visita al cementerio no es una prolongación de lo que en la sociedad venezolana se considera como "deberes de la mujer" o también como parte de "los oficios y deberes del hogar", siempre en concordancia con la división sexual del trabajo, propia de sociedades con dominio de los varones sobre las mujeres. De este modo, visitar a los muertos sería uno más de los deberes que la sociedad masculina le ha atribuido a las mujeres como parte de sus responsabilidades. A menudo éste también parece ser un papel cada vez más extendido a los hombres ubicados en el segmento etario superior. En efecto, al observar el promedio de edad de los hombres que fueron entrevistados vemos que éste es de 52 años. Asimismo, el promedio de edad de las mujeres entrevistadas es de 50.93 años, lo que indicaría que la visita al cementerio es no sólo un

ritual fundamentalmente femenino sino también más propio de la mujer de más de cincuenta años.

Conclusiones

Se debe retomar aquí la pregunta formulada previamente. ¿Por qué son las mujeres las que más asisten a la visita ritual al cementerio? ¿Por qué son difuntos de sexo femenino los más visitados? Una primera hipótesis interpretativa sería, como se señaló arriba, que la visita al cementerio es parte de los deberes que la sociedad venezolana atribuye a la mujer. En otros términos, en la división sexual del trabajo, en una sociedad de dominio masculino, el rol más activo en el cumplimiento de las responsabilidades propias del sistema funerario correspondería a la mujer. Esta hipótesis, no obstante, responde sólo a la primera pregunta y encontraría apoyo en los datos registrados, de acuerdo con los cuales, por ejemplo, el 45.63% de los visitantes entrevistados declara como profesión "oficios del hogar". De este modo, la visita ritual al cementerio sería parte de las tareas femeninas propias de la vida familiar. La segunda pregunta, ¿Por qué los difuntos más visitados son de sexo femenino?, podría encontrar una explicación en la solidaridad femenina frente a la muerte, reflejo, a su vez, de una solidaridad social en la vida. En otros términos, visitantes de sexo femenino conservan una comunicación y un recuerdo más activo con difuntos del mismo sexo en virtud de una solidaridad sexual originada en relaciones familiares y sociales de identificación.

Una segunda hipótesis, de orientación más psicoanalítica que sociológica, partiría del supuesto de que la muerte, como el nacimiento, es un acontecimiento culturalmente de orden femenino. Siendo el acto de nacimiento a la vida un rol fundamentalmente femenino, la muerte y las actividades relacionadas con ella tendrían la misma connotación sexual. Ello encontraría apoyo en numerosas representaciones femeninas de la muerte, en el rol protagónico que las mujeres cumplen en

muchos rituales relacionados con el fallecimiento, como el velorio, por ejemplo.

Ambas hipótesis comparten en común, aunque con explicaciones de origen diferente, el fundamento central, demostrado en los resultados de las entrevistas hechas, según el cual lo femenino tiene un enorme peso socio-semiótico clave para comprender este tipo de rituales. El nacimiento y la muerte, como puntos inicial y terminal de una etapa de la vida humana, se encuentran marcadas semióticamente por contenidos que las asocian de manera reiterada con lo femenino.

BIBLIOGRAFÍA

- Cannon, A. 1989. The Historical Dimension in Mortuary Expressions of Status and Sentiment. *Current Anthropology* v. 30 n. 4.
- Cazeneuve, J. 1971. *Sociologie du Rite*. PUF: Paris.
- Finol, J. E. 1993. La Despedida de Soltera en los Estados Unidos, en *Relaciones* 111:9-11. Montevideo, Uruguay.
- Finol, J. E. 1994a. Socio-semiótica del Rito en la Sociedad Contemporánea: la despedida de Soltera en Venezuela, en *Espacio Abierto* 5:95-113, Maracaibo, Venezuela.
- Finol, J. E. 1994b. The semiotics of Contemporary Rituals: Bridal Shower in Venezuela and the United States, en *Opción* 15:75-91.
- Finol, J. E. 1995a. The Semiotics of Ritual and Verbal Interaction: Crossing Boundaries and Protecting Privacy, en *Opción* 16:103-120.
- Finol, J. E. 1995b. The Semiotics of Ritual: Halloween in an American Community. Ponencia presentada en la *Central States Anthropological Society, 72nd. Meeting*, 9-12 de Marzo, Indianápolis, USA.
- Greimas, A. J. y Courtés, J. 1979. *Sémiotique. Dictionnaire Raisonné de la Théorie du Langage*. Hachette: París.
- Vidutiš, R. y Lowe, V. A. P. 1980. The Cemetery as a Cultural Text. *Kentucky Folklore Record* v. 26 (1-4).

- Sloane, D. C. 1991. *The Last Great Necessity: Cemeteries in American History*. Johns Hopkins University Press: Washington.
- Thomas, L.-V. 1993 (1975) *Antropología de la Muerte*. FCE: México.
- Thomas, L.-V. 1991. *La Muerte. Una Lectura Cultural*. Paidós: Paris.
- Vovelle, M. y Bertrand R. 1983. *La ville des Morts*. Editions du CNRS: Paris.
- Urbain, J.-D. 1978. *La Société de Conservation*. Payot: Paris.
- Villa Posse, E. 1993. *Muerte, Cultos y Cementerios*. Disloque Editores: Bogotá.
- Voller, J. G. 1991. The Textuality of Death: Notes on the reading of Cemeteries. *Journal of American Culture* v.14 n. 4: 1-9.